

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 317

25 CTS.



EL
"BOTONES"
DE MAXIM'S

POR
NICOLÁS
RIMSKY

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono, 4423 A

Año VI

BARCELONA

N.º 317

El Botones de Maxim's

Novela cinematográfica, adaptación
de la célebre comedia francesa «Le
Chasseur de chez Maxim's» de IVES
MIRANDE y GUSTAVE QUINSON.
Interpretación del genial actor cómico
francés NICOLÁS RIMSKY.

Gran Film «Superdiana»

propiedad de la casa

Exclusivas «Diana»

Rosellón, 210.—BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de
ARINA TORRES



El Botones de Maxim's

Argumento de la película

PRIMERA PARTE

I

El muy ilustre señor marqués de la Gueriniere, habitante en las cercanías de París, en un vetusto y suntuoso palacio, acababa de entregar su alma a Dios — por lo menos esta era su intención en vida cuando pensaba en la muerte — y su cuerpo, a la madre tierra, un cuerpo maltrecho por el que habían pasado sus buenos ochenta años. El marqués dejaba en este pícaro mundo, además del recuerdo de sus obras pías, unos cuantos milloncitos, unos servidores que le lloraban a lágrima viva y un sobrino que sin duda le habría proporcionado el diablo porque era de su mismísima piel.

Naturalmente, a Roberto, cuyo era el nombre del sobrino, placíale más cobijarse en los alegres recin-

tos de los "cabarets" parisinos que entre las frías paredes de los salones del palacio de su tío y, a la compañía de éste, viejo caduco regaño, tosedor y mal oliente, prefería el roce con las mujercitas perfumadas de aquellos centros de placer elegante. Pero, si cuando el tío estaba bien de salud, Roberto paraba poco a su lado, en aquellos últimos días de la enfermedad, es que ni aparecía por el palacio y así, en los históricos momentos de la muerte del prócer, su presunto heredero, que el día anterior se había dignado preguntar por teléfono el estado del doliente, retirándose del aparato artes de recibir la contestación, no pudo enterarse del infausto suceso. ¿Infausto? Lo que es para Roberto no lo iba a ser mucho, sino todo lo contrario: allí es nada, quitarse para siempre la ingrata visión del anciano y poder disponer libremente de su inmensa fortuna.

Andaba la servidumbre un poco desconcertada en la casa mortuoria, sobre todo el señor Candebe, un buen hombre, confidente que fué del marqués difunto y preceptor, más honorario que efectivo, del marquesito despreocupado y juerguista.

—Hay que avisar en seguida al señorito Roberto — no hacía más que decir a los criados.

—Bueno, pero... ¿adónde? — contestaban estos.

—¡A París! — replicaba Candebe, dándose él mismo cuenta de la barbaridad que ello representaba. Pero, de pronto, tuvo una idea luminosa. Y escribió estas líneas:

Señorito Roberto: Su señor tío acaba de morir. En estos momentos, la presencia de usted en el castillo me parece indispensable.

Su servidor y maestro,

Candebe

Y le dijo al fámulo que parecióle el más listo de todos:

—Coge un *auto* y vete a recorrer todos los cabarets de París. En alguno de ellos encontrarás al marquesito, a quien darás esta carta...

**

A aquella hora, en el centro de París, Maxim's abría sus fauces tentadoras. ¡Maxim's! ¿Quién no ha oído en el mundo hablar de Maxim's? Hace más de tres quinquenios que el galán de "La Viuda Alegra" lo popularizó, lo eternizó en este cantable:

*Al restaurant Maxim's,
me suelo encaminar
seguro de encontrar
quien me divierta allí,
Fru-Fru, Lily, Margot...*

Pues sí, este Maxim's es el mismo. El viejo Maxim's, eternamente nuevo, siempre rebosante de juventud, de bullicio, de algarabía... Y es eternamente nuevo, porque sabe renovarse, porque es el primer centro alegre de París que se apresura a adoptar todas las innovaciones exóticas elegantes. Ni que decir tiene que las Fru-Fru, Lily y Margot de hoy, llevan la falda a ras de las rodillas y la melena a lo muchacho... También se comprende que hayan sustituido el vals y el tango por el abracadabrante charleston. Pero, al fin y al cabo, igual: su misión es la de divertir al "pagano" en aquel templo donde se rinde culto al baile, a la música y al champán. Roberto de la Gueriniere iba allí a eso: a dejarse los cuartos y a que lo divirtieran, lo mismo que el galán de la famosa opereta...

Ahora que, el marquesito, a fuerza de espigar en aquel huerto de florecillas de placer, se había dedicado, con demasiada frecuencia a una, quizás por más linda y fragante, y ella misma, avara de la ga-

llardía, de la juventud — el marquesito era lo que se dice un guapo mozo — y de la largueza de Roberto, habíase dejado monopolizar monopolizándolo a su vez para escribir una página de amor con más trascendencia que la que pueden tener estos amores mojados con champán, que dejan colorete en los besos y desangran paulatinamente el bolsillo, un poco siempre después de cada caricia... Totó era el nombre de guerra de la lindísima interesada, la primera bailarina, la "vedette" de Maxim's.

La animación iba creciendo por momentos. Los *autos* volcaban la elegante clientela a la puerta del establecimiento. El *hall* era un hervidero de pecheras rígidas y descotes flexibles. Saludos, apretones de manos, risas... Pero la mayoría, ellos y ellas, no penetraban en el salón, sin antes haber dirigido una de estas frases a cierto personaje:

—Julián, toma mi abrigo.

—Trata bien mis pieles, Julián.

—Julián, ¿ha llegado ya él?

—Julián, entra luego al reservado, que tienes que hacerme un encargo.

Y Julián, que era nada menos que el "botones" de Maxim's atendía a todo el mundo, con una sonrisa amable, con una respuesta oportuna o con una reverencia versallesca. Y ello con agilidad de simio, yendo de acá para allá como un rayo, pero sin atropellamiento, en zigzagueos de cohete que buscara los resquicios libres para dibujar su trayectoria sin molestar a nadie.

Julián era la suma y el compendio de todos los "botones" atentos, comprensivos y serviciales. Los que no tienen la suerte de poder frecuentar los sitios similares a Maxim's, no pueden darse perfecta cuenta de la importancia que tienen los "botones"

en estos establecimientos. Pero es sin duda alguna el cargo más difícil y para el que se requiere una serie de cualidades extraordinarias que no se dan en las personas vulgares. Se puede afirmar que to-



Julián era la suma y el compendio de todos los botones atentos.

dos los "botones" podrían hacer perfectamente el papel del señorito a quien sirven, con toda perfección y dignidad; en cambio sería muy difícil encontrar a muchos señoritos que pudieran ejercer de

"botones" sin hacer el ridículo. No puede sorprender, por lo tanto, que el cargo esté bien retribuido. Y si el "botones" de un cabaret de menor cuantía saca al mes una soldada superior a la de un ingeniero de caminos, Maxim's es un verdadero filón para el hombre enciclopédico, prodigo de talento y vivacidad que puede ostentar allí la plaza de "botones".

Julián no era un chiquillo ni mucho menos. Para un buen calculador de edades, juzgando por la fisonomía del individuo, resultaba fácil adivinar los años que tendría el "botones": Julián estaba entre los veinte y los cuarenta con toda exactitud. Vestido de uniforme y con la gorra puesta, veinte... De paisano y destocado, quizás al filo de los cuarenta... Con una calvita delantera, de esas que se pueden llamar aristocráticas; unos ojillos redondos y salientes los pómulos sonrosados y ondulantes, la perilla francesa y el bigotillo "chaplinesco", nuestro héroe tenía en su cara la primera buena cualidad necesaria a la profesión: la simpatía.

El dueño de Maxim's, el jefe del personal y los asiduos concurrentes al restaurant, estaban encantados con Julián. Sabían de él, eso... Que era un buen "botones", quizás el mejor de todos los que le antecedieron, retirados ya para vivir de rentas. ¡Qué sorpresa se hubieran llevado, al romper el secreto de la verdadera personalidad de Julián!

Porque Julián podía vivir y vivía de sus rentas, antes de abrazar aquella difícil profesión. Don Julián Mathot, rico acaudalado parisense, ejercía de "botones" porque un día decidió espantar el tedio, y entre presentarse como candidato a diputado o pre-

tender aquella plaza en Maxim's optó por esto último; entre otras razones porque se consideró con suficientes aptitudes y porque reputó el cargo mucho más divertido y provechoso... Además, Julián (seguiremos llamándole sin don) tenía ficha de juerquista, nocherniego formidable y aficionado a las maripositas que revolotean en los restaurantes nocturnos... De modo que era mucho más listo aún de lo que puede suponerse. No podía haber escogido un oficio que armonizara más con sus aficiones...

Hasta hacía poco tiempo, las horas que vivió en aquel ambiente, lo tenían sumido en la más completa felicidad. Pero llevaba una temporada, un poco descentrado en su ser, por algo que, siendo una contrariedad surgida en aquel ámbito, lo aferraba más a él: se sentía enamorado como un chino de la "vedette", de Totó, la preciosa monopolizante y monopolizada de Roberto...

II

Alrededor de la mesa donde hay más botellas destapadas, está Roberto rodeado de sus amigotes y más rodeado aún de la bella Totó, que lo tiene dulcemente oprimido en sus brazos, apretándose contra él mimosa, como una gatita...

Julián ha terminado sus quehaceres en el *hall* y se asoma al salón para sentirse arañado de los celos contemplando las ternezas que prodiga Totó a su afortunado rival. Aquello es horrible, inaguantable... Hay que poner fin a la escena que tanto daño produce a sus ojos y a su corazón. Si pudiese matar

al marquesito de una mirada, allí lo dejaría teso, arrojándole una andanada de las más fulminantes. No puede más y se acerca al grupo.

—Señorita Totó, la llaman por teléfono — dice.

Por lo pronto consigue que ella se separe de Roberto y salga hasta el pasillo, donde la ataja así:

—Perdóname, Totó... Pero... ;quien te llama por teléfono soy yo!

La bailarina lanza una ruidosa carcajada por todo comentario.

—Sí, Totó... — continúa el "botones" en un desabrochamiento pasional—. Me tienes loco, me tienes frenético... ;Los celos me hacen arrancarme los pelos que me quedan!

Elle sigue lanzando en el pasillo el surtidor de su risa descocada.

—Pero, ¿es que nunca corresponderás a mi amor?

—¡Qué divertido eres, Julián — contesta al fin—. Es posible que siempre estés en plan de broma?

Sí, sí, en plan de echarlo todo a rodar muy en serio era en el que estaba Julián, que cada vez se sentía con menos "botones" para seguir siendo un ídem y con más para abofetear a Roberto y jugarse con él, cara a cara, a la voluptuosa Totó.

Mientras tanto, el marquesito acababa de recibir en sus manos la misiva de Candebec. La leyó y se la guardó en el bolsillo, sin expresar con el gesto la más leve demostración de dolor ni de sorpresa. Bebióse una copa de champán, estuvo un rato como distraído mirando a las parejas que danzaban y al fin se decidió. Cuando regresaba Totó, sorprendió a Roberto de pie y pidiendo a un camarero el sombrero y el gabán.

—¿Qué? ¿Te vas?

—Sí. Tengo que presentarme en seguida en el palacio de Gueriniere.

—¿Algo grave?

—No, nada... Contrariedades, disgustos de familia...

Lo acompañó pausada y cariñosamente hasta la misma puerta del local. A una prudente distancia los había seguido Julián, que no quitaba ojo a la pareja.

Los tórtolos despedíanse sin prisa, dándose besos cinematográficos que especiaban, con frases de despedida, recomendaciones de no olvido y toda esa sarta de tonterías que se dicen los enamorados para hacer inacabable el momento del adiós. El botones, naturalmente, estaba fuera de sí. Una señorita le había entregado, momentos antes, un vistoso abanico de plumas, para que lo llevase al guardarropa, y el pobre abanico estaba pagando la nervosidad de Julián. Por cada beso que se propinaba la pareja, él le arrancaba una pluma...

Y cuando Roberto se decidió a montar en el *auto*, el botones entregaba en el mostrador un montón de varillas desnudas.

III

El chalet donde Julián Mathot vivía su vida de rentista, en compañía de la familia, estaba emplazado bien cerca del castillo de la Gueriniere.

Julián era viudo y padre de Margot, una preciosa criatura de diez y ocho años que ignoraba candombosamente la profesión de su papá. También tía Etel-

vina, hermana mayor de Mathot, estaba en ayunas sobre aquella excentricidad del jefe de la familia el cual, durante el día, tenía hábitos de gran señor.

Quien lo hubiese visto vestido de "sport" practicando el noble ejercicio de la caza, con su corte de copero y montero mayor, pidiendo con majestad, en un descanso "whisky and soda", o rodeado de los suyos, a la hora del yantar, en el lujoso comedor de la finca, con servicio y servidumbre principescos, no hubiera creído aunque se lo jurasen que aquel caballero y el botones de Maxim's eran la misma persona.

La señorita Margot, educada a la alta escuela, no era menos señoril en sus gustos y aficiones que su refinado progenitor. Todas las tardes salía a pasear por el contorno, pilotando un pequeño automóvil... Y, en una de estas, cuando hallábase a varios kilómetros de casa, el motor del vehículo se negó a funcionar. Una "panne" es algo impensado y desagradabilísimo, sobre todo para las señoritas que se arriesgan ellas solas carretera adelante...

Margot se quedó pensativa un instante, pero aquello no tenía mucho que pensar. Una de dos: o emprender el camino de regreso a pie o decidirse a intentar el arreglo del chisme. Optó por lo último y, después de comprobar que su soledad era completa, cambió las sedas de su atavío por el dril de un "mono" de mecánico. Y se metió en faena como tal, animosa y poseída de su ciencia más que el propio Citroen...

Al cuarto de hora de hurgar en el carburador, en las bugías y en la magneto, ora por encima del "capó" ora tumbada debajo del vehículo, no había

conseguido más que embadurnar de grasa manos y rostro.

En esta situación sorprendióla el joven Roberto de la Gueriniere, que detuvo su 40 H. P. en el lugar del suceso. Ella advirtió la presencia del curioso desconocido, cuando este no tuvo más remedio que "soltar el trapo", retorciéndose de risa al ver la cara tan graciosamente pintada que se había puesto Margot.

—En vez de reir estúpidamente, sería mucho más galante que viniese usted a ayudarme — le espetó en tono desabrido la joven.

Era fuerza obedecer ante aquella "indirecta". Y Roberto la emprendió a su vez, con el arreglo de la "panne", sin que a la media hora de tarea hubiese tenido mejor éxito que la señorita, la cual se reía ahora del fracaso masculino...

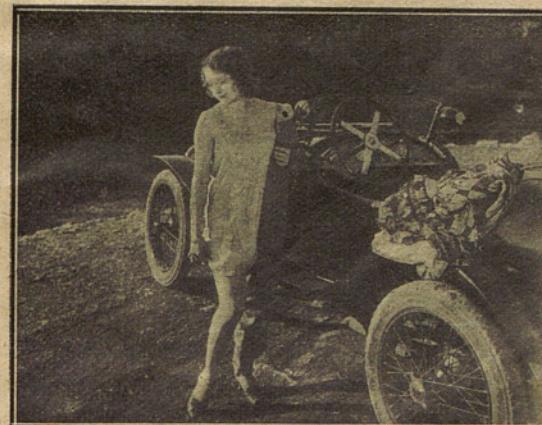
—Bueno — dijo él, soltando los alicates y dándose por vencido—. O yo soy un mecánico pésimo o su coche es un cacharro. Lo único que puedo hacer es llevar a usted donde me mande.

—Acepto. Pero, ahora vaya usted a sentarse en su "Rolls"... ¡Y no mire! Que voy a cambiarme de ropa...

Roberto, a fuer de caballero, hizo lo que le ordenaba Margot.

Sentado en el "baquet" de su *auto*, ni una sola vez se le ocurrió ser indiscreto mirando hacia atrás. Claro que tampoco le era necesario, porque lo veía todo mirando hacia adelante, por obra y gracia del mágico espejo del parabrisas. Y en verdad que el paisaje debía ser delicioso, a juzgar por la atenta fruición que denotaba Roberto absorto en la con-

templativa tarea. ¡Santo Dios! ¡Qué cosas insospechadas hay en este mundo! ¡Qué diferencia tan enorme de los trillados panoramas que se ven en Maxim's a esta divina manifestación de la naturaleza virgen, toda frescura y lozanía! ¡Bendito espejo!



Y en verdad que el «paisaje» debía ser delicioso ..

Estas consideraciones fueron hechas "in menti" por Roberto, antes de desmayarse a causa de la emoción estética sufrida...

—¡Por Dios! — exclamó, al verlo, Margot — ¡No vaya usted a ponerse malo aquí! ¡Espere al menos a que pase alguien!

Poco después, a la hora de la comida familiar, la joven contaba el suceso, poniendo una salsa es-

pecial en el relato y reconstituyendo la escena, con sillas tendidas que simulaban sobre el parquet del comedor los automóviles. Padre y tía pasaron un rato divertido oyendo a Margot, que terminó su crónica viviente con este ingenuo comentario:

—Ciertamente, no pudo arreglar el motor. ¡Pero es innegable que ha sabido poner un acelerador en mi corazón!

Algo parecido pensaba de ella, en aquellos momentos, el flamante marqués de la Gueriniere, allá en el cercano castillo. Sentado vis a vis con el buen Candebecc, tocaba en su conversación un punto interesantísimo, que acaso tenía relación íntima con el episodio campestre de la tarde.

Hablaban Candebecc:

—Las últimas palabras de su difunto tío, señor marqués, fueron para lamentarse de morir soltero. "Lego toda mi fortuna a Roberto, dijo, con la condición de que se case cuanto antes."

—Pues bien, querido maestro, yo cumpliré en plazo muy breve la última voluntad de mi tío.

Y al decir tal, Roberto refrescaba en su imaginación los detalles del delicioso paisaje de aquella tarde.

**

Algunas semanas después se demostraba que el amor es incompatible con el automovilismo. Los paseos vespertinos se hacían ahora a duo, sobre el *auto* que tenía el baquet más estrecho, que era el de Margot. Esta guíaba trazando peligrosos zigzagueos por la carretera y Roberto iba tan encantado

que lo mismo le daba ocho que ochenta kilómetros por hora...

A veces, el marquesito, practicando viejas mañas aprendidas en Maxim's hacía enojar a Margot. En alguna ocasión pudo esto tener funestas consecuencias porque era entonces cuando el coche se acercaba demasiado al filo de la cuneta...

—Pero Margot, no lo tomes así — decía el arrepentido enamorado —. ¿Es que no vas a perdonar un pequeño atrevimiento a tu futuro esposo?

Y un buen día el señor Candebecc, muy estirado, muy orgulloso de su papel, se presentó en el chalet vecino, a pedir la mano de Margot.

Julián y tía Etelvina recibieron la visita y diéronle al momento toda la solemnidad que impuso la actitud del peticionario. Este habló de los ilustres antepasados de su discípulo, emparentados con reyes y emperadores y Julián no le fué en zaga al hablar también de su ascendencia. Lo menos que hizo a sus bisabuelos fué pápas y santos... Su madre era descendiente, en línea directa, de la Gioconda. Allí mismo estaba el retrato donde podía apreciarse el gran parecido fisonómico...

Hubo también en el "rendez-vous" libaciones de coñac.

Finalmente, a Julián no le pareció mal aquel enlace y dió su consentimiento... ¡Lo que más lejos estaba de su imaginación era que su aspirante a yerno, el discípulo del señor Candebecc, el castellano de enfrente, tenía forma en el cuerpo de Roberto, aquel señorito truhán de Maxim's que le estaba robando el amor de la pérflida Totó!

SEGUNDA PARTE

I

El carnaval tiene en Maxim's uno de los templos donde se celebra con más pompa el culto a Momo. Si cualquier baile de diario allí, puede calificarse como cosa extraordinaria, un baile de máscaras es algo magníficiente que no se olvida jamás. El lujo y el buen gusto de los disfraces, la belleza de las mujeres, la múltiple diversidad de los colores, la mágica y potente iluminación, las emanaciones aromáticas de las flores y de los perfumes, el armonioso jugueteo de la música constante y, sobre todo, la alegría alborotadora de ellos y ellas...

En estos momentos era cuando Julián se sentía complacidísimo en el ejercicio de su profesión. No se cambiaba entonces por nada ni por nadie. Allá iba y venía entre la mareante zarabanda de bailarines, atento a la llegada de Totó, que aun no había efectuado su divina aparición en Maxim's.

Roberto, en cambio, habíase manifestado aquel día, con la concurrencia madrugadora. Acaso sentía que se le iba a terminar pronto aquella vida y quería aprovecharse...

—Compañeros de crápula — peroraba en un grupo de amigos—, mi histórica época de celibato está en la agonía. A cada soltero le llega tarde o temprano su Santa Martina y a mí me ha llegado ya...

Sabéis que mi viejo tío tuvo a bien reventar de una vez y, por causa de ello, he estado recluido una temporadita en el castillo de la Gueriniere. Pues bien, una tarde que, para distraer el tedio, salí a dar una vuelta en automóvil...

Y el marquesito empezó a colocar la historia de su encuentro con Margot y la trascendente consecuencia que le acarreó el sucedido.

Totó llegó a tiempo de comprobar la expectación que producían en el auditorio las palabras de Roberto.

—Debe ser una historia muy divertida esa que estás contando a tus amigos... ¿No podrías hacer el favor de contármela a mí sola? — dijo, arrastrando al narrador a un palco para reanudar aquellas escenas idílicas que se clavaban como dardos en el pecho del despechado Julián.

Sin embargo, aquella noche, un buen observador hubiera visto en seguida que para Roberto no era tan de su gusto como antes la compañía de Totó. Súpole a gloria que ésta le dijera:

—No tengo más remedio que abandonarte unos minutos. Es la hora de hacer "mi número". Pero no te muevas de aquí, que quiero dedicarte la danza...

Y cuando Totó apareció en la pista, apenas cubierta su desnudez con una iniciación de vestido, retorciéndose en contorsiones de baile ultra moderno, menos volíptuoso que salvaje, Roberto, que unía las saetas de sus miradas a las de la entusiasmada concurrencia, tuvo el capricho de encuadrar la visión, imaginariamente, en el marco del espejo de su automóvil y sustituir la imagen por la de Margot, mil veces para él más admirada y admirable.

Ni que decir tiene que a Julián ya podían llamarlo

en aquel instante para un cometido de urgencia. Hubiera sido tan inútil como dar gritos a una columna. Porque eso era el "botones" mientras danzaba Totó: una columna más del recinto, toda ojos atentos, preñados de avaricia, que se dirigían al espectáculo con fosforescencias de felino...

Terminado su trabajo, regresó Totó al palco donde, Roberto, la aguardaba sólo para despedirse...

—¡Ah, ¿Conque intentas escaparte? Pero no será así... No te dejaré ir hasta después del primer tango. ¡De aquí a entonces eres mío, mío!

Y, a manera de fe notarial, estampó como un sello el carmín de sus labios, sobre la mejilla de Roberto.

La acción, vista por Julián que espiaba continuamente, hizo que éste echara mano de nuevo al truco del teléfono, como infalible medio separatista... Aunque ahora dirigió a él sus manejos, con intención nada santa...

—Señor marqués, vaya usted a la cabina, que lo llaman urgentemente.

El truco no podía fallar. Y Roberto encaminóse a la cámara telefónica donde, no bien hubo penetrado, fué encerrado por Julián que murmuró para sí:

—¡Ahí vas a estar mientras no venga alguien de la central a sacarte!

Las voces del cautivo llegaron al cielo y, lo que es peor, a oídos del encargado que acudió presuroso.

—¿Qué pasa? ¿Qué alboroto es ese?

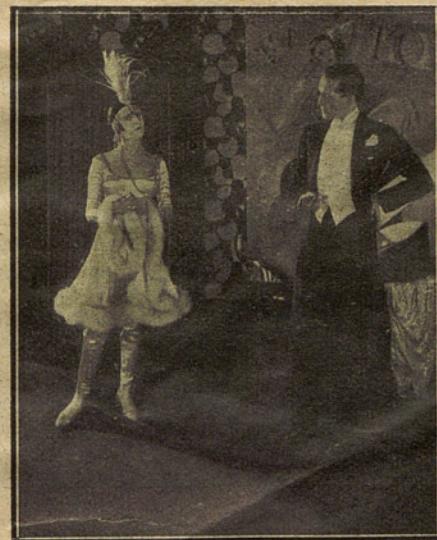
—Nada — explicó Julián —. ¡Es un elector entusiasta, que está aclamando por teléfono a su diputado!

Fué preciso que Totó se diese cuenta de la picardía del "botones", para que el marqués saliera de su

encierro. Y salió como un toro del encajonamiento.

—¿Se puede saber quién ha sido el idiota, autor de esta felonía?

—Cálmate, Roberto — dijo ella —. Julián es el



—¡Ah! ¡Conque intentas escaparte?...

culpable, aunque con la buena intención de que nadie te mo'estara en la conferencia.

—¿Pero qué conferencia ni qué Locarno, si todo ha sido una burla? — Y se dirigió al "botones" con alarmante ademán —. ¡Torpe, bruto...! ¡Si no mi-

rara que eres un vil gusano, un ente insignificante, un estornudo...!

La cosa no pasó a mayores. Pero a Julián le cayeron tan hondo las injurias del marqués, que se quitó el uniforme, requirió el indumento de particular y fuése al mostrador a decir al encargado:



—¡Ahí vas a estar mientras no venga alguien de la Central a sacarte!

—Acaban de insultarme, como nunca me insultó nadie, ni mi difunta suegra. Dígale al amo que voy a presentar la dimisión.

A esto, se oye una voz camareral:

—¡Una botella de champán y un merengue, para el marqués de la Gueriniere!

¡Qué fácil y atroz venganza se le ocurre al bote-

nes, a propósito de eso! Sobre el mostrador, enfrente de él, al alcance de su mano, han colocado la ban-dejita con el merengue condenado a ser engullido por Roberto. Un poco más allá se yergue el bote de la pimienta en polvo... Pensado y hecho: sin que nadie lo advierta, Julián abre el dulce y deposita en su entraña una fuerte porción de la picante especia. Pero el camarero cambia el merengue por otro que le parece más estético, en un momento en que Julián tampoco se da cuenta del cambio... Y cuando éste, sin duda para premiarse así por haber tenido tan magnífica idea, acuerda comerse un ejemplar de la blanca golasina — ¡oh, castigo de los justos dioses! —, coge y deglute precisamente el merengue in-fenal sazonado por él.

Lo que el "botones" sintió en su boca, en su garganta y recorrido interno hasta el estómago, no se traduce a la imaginación sino pudiendo haber visto las gesticulaciones del interesado.

—¡Agua! ¡Vino! ¡Que me ahogo! — gritaba el pobre Julián, mientras irrumpía en el salón alocadamente, arrebatando a los clientes de sus manos las copas de líquido que se bebía en el acto con ansia de hidrópico.

Se armó un revuelo enorme. Las mujeres huían asustadas. Una de las asiduas, reconociendo al "botones", comentó:

—¡Es Julián que se ha vuelto loco repentinamente!

Dos caballeros, sintiéndose molestos por el despojo de sus copas, que atribuyeron a burla y descortesía, entregaron a Julián sendas tarjetas en señal de desafío. Y uno de ellos — un tipo estrafalario de raza mongólica —, hasta llegó a luchar con el "botones"

a brazo partido, cayendo ambos en la fuente árabe del salón, entre el natural regocijo de la concurrencia.

La zambullida no pudo ser más deleitosa para Julián, que parecía un pato emergiendo la cabeza sobre la superficie, mientras exclamaba:

—¡Aqua...! ¡Al fin!

II

Bien de día salió Julián de Maxim's después de haberse bebido medio establecimiento. Iba tambaleándose y sin otra noción del ser que la que puede sugerir una "superborrachera", única, monstruosa y apocalíptica.

La trayectoria hasta su domicilio estuvo salpicada de incidentes desagradables, de los que hubiera salido mal parado si no existiera el ángel bueno que ampara a los ebrios. Después de cometer un desaguisado en un taxi que debía de conducir una familia a la estación, fué requerido por un agente de policía a quien Julián mostró la tarjeta de uno de sus desafiantes de la noche pasada. La tarjeta decía así: "Florentino Casamagnac — Comisario de Policía".

Quadróse militarmente el guardia y expresó sólicito:

—Si el señor Comisario me lo permite, le acompañaré hasta su casa...

El alcoholizado "botones" se dejó conducir — ¿qué más le daba a él? —, y así Julián y su "pitima" se encontraron, como por arte de magia, en casa del comisario de Policía. Este, al ver entrar en su despacho al burlón desconocido de Maxim's, no hizo más que plantarlo en la puerta de la calle, de un descomunal puntapie...

Otro guardia acercóse.

—A ver, sus documentos, pronto! ¿Quién diablo es usted?

Ahora fué la otra tarjeta, la que exhibió Julián. Rezaba así: "Nicky, Hagagayana.—Embajador de



...Julián y su «pitima» se encontraron, como por arte de magia, en casa del Comisario de policía.

Manganesia" Bastó para que el celoso y cortés funcionario dijese:

—Permitame su Excelencia que lo deje en la puerta de su domicilio...

Y allá fué Julián con sus huesos a presencia del personaje exótico, compañero de baño, que puso al verlo una cara satánica... Sin más comentario, el

embajador descolgó de una panoplia dos afilados floretes y, entregando uno a su rival, púsose en guardia... Pero al "botones", a través de su estado, todo aquello le parecía cosa de risa. Cuando se vió atacado por el mongol, que se revolvía describiendo vertiginosos molinetes, Julián creía ver un dibujo futurista, o un experimento físico visual de geometría gíratoria... Dió él mandobles a su vez y, en uno de estos descabezó a un Buda cuya cabeza vino a dar en la del embajador, que cayó desmayado...

Con todo esto, despejóse algo el cerebro del "botones", que vióse al fin a la puerta de su chalet; aunque aun estaba lo suficientemente turbio para equivocarse de alcoba y de cama. Aquella mañana, durmió en el tálamo nupcial de los jardineros, a quienes propinó el susto consiguiente cuando se dieron cuenta de la presencia del intruso entre ambos...

Acabó, pasando aquello como una genialidad del señor.

III

—¿Sabes la gran noticia? — dijeron a Totó cierta tarde después en Maxim's —, Roberto, tu Roberto, está comprometido y va a contraer matrimonio mañana o pasado...

—¡Qué infame! — arguyó ella—. Por eso tenía tanta prisa en marcharse la otra noche... ¡No, pero de mí no se ríe él: yo lo juro!

En aquel mismo instante, en casa de Julián, estaban reunidos los novios, tía Etelvina y el señor Candebec. Esperaban al jefe de la familia para hacerle la presentación oficial de Roberto.

Cuando Julián penetró en el salón, debió dar gra-

cias al cielo de llevar el rostro encubierto tras un equipo facial de automovilista. Así Roberto, no pudo reconocer al "botones", que se llevó una sorpresa mayúscula viendo que su aspirante a yerno era el señorito rival, el calavera empedernido de Maxim's. A la sorpresa muda sucedió un ataque de ira que estalló al oír estas frases de Margot:

—Ya sabes que nos queremos, papá. Sólo esperamos tu consentimiento para casarnos...

Se desató en impropiertos.

—¡Jamás, jamás...! — decía—. ¡Mi hija no se casará nunca con un libertino que se pasa las noches de juerga!

Luego, paseó su nerviosidad unos segundos, encarándose después con Roberto:

—¡Le doy cinco minutos para salir de esta casa por la puerta! ¡Pasado ese plazo la salida será por la ventana!

Y se marchó al jardín. Los del salón quedaron haciendo cruces. Les parecía inexplicable aquella actitud de Julián. Roberto inició la retirada, pero tía Etelvina le atajó:

—No se vaya usted. Mi hermano padece sin duda una lamentable equivocación. Ya se arreglará todo, pues yo hablaré con él.

La más afligida era Margot que se desplomó en un diván, inconsolable. Daba pena verla...

Pero estaba escrito que aquella situación tenía que complicarse mucho más. Totó, acompañada de una amiga, se había personado en el castillo de la Guarinera, donde le habían dicho que el marquesito se hallaba en el chalet de enfrente, con su prometida... Ni corta ni perezosa se plantó allí, y estaba en el recibidor, cuando Roberto tuvo la oportunidad de aso-

marse. Y prodújose la segunda edición de impó-
perios:

—¿De modo que estás aquí, porque vas a casarte,
eh? ¡Y yo, que me vaya a tomar el fresco! ¡Im-
fame! ¡Mal hombre!

—Cállate, por Dios, Totó... Habla más bajo...

—Si quieres que me calle, haz un cheque ahora
mismo... ¡Pero ahora mismo!

—Bueno, mujer... Todo lo que quieras; pero vete,
no me comprometas...

Totó rompió a llorar y fué a cobijar su dolor en
los brazos del marquesito. En esta actitud los sor-
prendió Margot que cayó desvanecida de la impre-
sión. El la condujo de nuevo al diván donde intentó
reanimarla con palabras justificativas y caricias mu-
cho más elocuentes aún.

—No seas tontita — le decía—. Se trata de una
primita que viene a darme la enhorabuena y se ha
emocionado. ¡La pobrecita me quiere tanto!

Entretanto, el sentimiento de Totó había hecho
crisis, y ahora estaba rompiendo todo cuanto encon-
traba a mano entre los adminículos que adornaban el
recibidor. Así la sorprendió Julián que volvía a cum-
plir su amenaza de arrojar a Roberto por la ventana.
Pero, al ver a su adorado tormento se olvidó de
todo...

—Bien, Totó — dijole a modo de saludo—. Si
quieres romper más cosas, ya te traeré la vajilla.

—Pero... ¿De dónde sales tú? ¿Qué haces aquí?

Cayó él en el peligro que suponía tan inoportuna
visita, por la que iba a descubrirse el "pastel" de
su personalidad, y su viveza mental le sugirió una
de sus tretas que podría ser la solución.

—He venido a traer unos medicamentos al dueño

de esta casa... Que creo que tiene cólera complicada
con peste burbónica...

La salida produjo su efecto inmediato. Atroz pá-
nico sobrecogió a Totó y compañía. Julián recalcó
aún:

—¡Meteos un pañuelo en la boca y salid de aquí
disparadas! ¡Aun es tiempo!

Adoptaron el consejo y, de esta guisa, las lindas
clientas de Maxim's, salieron de la casa como exha-
lación...

Por esta detención impensada y porque el "botones"
acordó volver sobre sus pasos, para conven-
cerse de que las invasoras se iban de verdad, hubo
lugar a que, allá adentro, se celebrase consejo y se
tomaran determinaciones urgentes. Candebech había di-
cho:

—¡Acaba de ocurrírseme una idea genial!

—¿Cuál? — indagó Roberto.

—Ustedes dos se fugan ahora mismo y se casan a
París. ¡No hay otro medio! Yo me las entenderé con
don Julián.

A Margot le pareció de perlas la proposición y
exploró el ánimo de tía Etelvina. Habló ésta:

—Usted, señor Candebech, vaya a entretener a mi
hermano... Y usted, marqués, prepárelo todo para
la fuga. Margot irá a reunírsele en seguida.

Cuando el preceptor se enfrentó de nuevo con Ju-
lián, frotábase las manos, denotando íntima satisfa-
ción.

—¡Estoy muy contento, muy contento...! ¡Y me
felicito una y mil veces por haber dejado con un
palmo de narices a ese pillastre de marqués!

—Caramba, don Julián... Serénesse un poco y com-
prenda que ha estado bien cruel en su juicio...

—¿Cree usted que yo vivo en la luna? ¡Pues, no señor! ¡Gracias a un amigo que tengo en Maxim's, conozco toda la vida y milagros de su discípulo!



—¡Meteos un pañuelo en la boca y salid de aquí disparadas! ..

Mientras debatía esta cuestión, la pareja de tórtolos había desaparecido...

IV

Tan en serio tomaron los novios su fuga que, dos días después de la misma, no ya Julián, sino los mismos cómplices, se habían cansado de efectuar pesquisas inútiles.

Julián, triste y desconsolado, optó por reanudar sus tareas en Maxim's. Tía Etelvina y Candebec, por su parte, también acordaron personarse una noche en el divertido establecimiento, donde pensaban encontrar al menos, rastro de Roberto, conocidas que eran las aficiones de éste a frecuentar Maxim's.

—No se equivocaban: el marquesito y Margot hallábanse muy acaramelados, cenando, en un reservado del restaurante.

Allí estaban todos, sin sospechar ninguno la proximidad de los otros. Candebec y tía Etelvina, como gallinas en corral ajeno, tomaron plaza en el salón central, confundidos entre la festiva y alborotadora concurrencia. A Julián no pudieron verlo porque éste hallábase de espaldas, siempre embobado en la contemplación de Totó.

Una parroquiana, maestra en el desahogo, y en conquistar viejos adinerados, afanábase en la tarea de atraerse Candebec que tenía fama de diplomático juerguista. La tal, era vecina de mesa, y ponía en juego todos los resortes para conseguir su objeto.

—Vamos, pollo —dijo casi al oído—. Ponga usted en conserva a esa cacatúa y venga aquí a convidarme.

A Candebec pusieronse las orejas y la nariz de bermellón subido... Y como la provocadora no estaba dispuesta a dejar escapar la presa, decidió obtener para su éxito la colaboración de Julián.

—¡Botones! —gritó.

Al conjuro, acudió éste.

—Mira —le dijo la prójima, señalando a tía Etelvina—, a ver si puedes tirar por una ventana a esa mona... Porque el vejete es mío, acabo de conquistarla.

La sorpresa fué mutua, pues los dos hermanos viéronse a la par.

—¡Julián! — Tú aquí! — Tú, botones...!

A él no se le ocurrió otra cosa que huir atropelladamente a través del salón y meterse en el primer reservado que encontró; en el preciso, para toparse con su hija y el raptor...

Dos exclamaciones oyéreronse, una detrás de otra:

—¡Papá!

—¡El botones!

Candebec y su pareja habían entrado en el recinto siguiendo a Julián, y fué aquel el primero en romper el embarazoso silencio que sucedió a la pasada escena.

—¡Y usted dijole a Julián! —, un mísero botones de cabaret, se permite negar la mano de su hija a uno de los nombres más ilustres de Francia...!

—Caballero, yo soy “botones” por “sport”. Nada me impide hacer de mi cuerpo y de mis noches lo que me dé la “giocondesca” gana! —. Hizo una pausa y continuó con dignidad, en un arrebato de exaltada elocuencia: — Si he venido aquí noche tras noche, no ha sido sólo por divertirme, sino también por mi hija, por su felicidad futura. Quería conocer a fondo este ambiente del que acaso, algún día, tendría que salir el esposo de Margot. ¡Y ahora que conozco esto bien, que sé todo lo que usted y los jóvenes como usted pueden dar de sí, me niego rotundamente a que mi hija, se case con un hombre envilecido en la atmósfera de estos salones!

—¡Alto! — gritó Roberto. — Yo quiero a Margot con toda mi alma, y contra el amor nada puede usted ni nadie. ¡Hemos jurado ser el uno del otro para toda la vida y lo seremos!

Un petímetre curioso que se había introducido sin permiso, terció así:

—¡Te felicito, Roberto...! Mira por donde te vas a economizar un sueldo... Porque tu amado suegro puede servirte de portero...

Esta agudeza tuvo como respuesta un soberbio bofetón que propinó el marquesito al lenguaraz... Bofetón que alcanzó el doble efecto de castigar la ofensa y ganar un tanto en el ánimo de Julián.

—Roberto — habló Margot, a punto de llorar—. Bien veo que esto te humilla y estoy dispuesta a devolverte tu palabra...

—¿Qué dices, tonta? — Y la abrazó con ternura, al par que decía al botones: — Julián, prometo a usted que no volveré jamás a pisar estos sitios. Perdóneme y concédemame la mano de su hija...

El efusivo y emocionante apretón de manos que siguió, llevaba en sí el consentimiento paterno. Pero, en aquel momento, irrumpió en la escena, el personaje que venía a estropearlo todo: Totó.

Roberto se escudó en Julián, a quien llevó aparte y dijo, al par que le entregaba un cheque:

—Quítemela de encima, por Dios, y dele ésto...!

—Pero, ¡cómo! — Tu prima viene a estos sitios?

— preguntó cándidamente Margot.

—Te explicaré...

Y siguió una doble maquinación de escamoteo: Julián que apartaba a Totó del grupo, arrinconándola, y Roberto que pugnaba por llevarse del reservado a su novia y los suyos.

—¡Calla! — le dijo a Margot. — Que no te he explicado que mi prima está enamorada de tu padre... Más vale que los dejemos solos. Vamos... Salieron. En el rincón quedaban dialogando Ju-

lián y Totó. Esta cogió el cheque y lo rompió en un acceso de rabia.

—¿Qué haces, Totó? ¿Te has vuelto loca?

—¡Loca, sí! ¡Porque no es dinero lo que yo necesito, sino cariño! ¡Ay, Julianito, qué desgraciada soy!

Y empezó a exhalar jipíos que penetraron como flechas en el corazón del "botones".

—¡Consuélate, Totó de mi alma! — exclamó, en tanto le abría sus brazos—. ¡Aquí tienes un pecho amante y fiel, donde reclinar tu preciosa cabecita...!

**

En el castillo de la Gueriniere, una semana después, se celebró la doble boda. Hubo un momento en la fiesta — que fué sonada—, de intraducible valor emocional: todos los protagonistas, agrupados ante un retrato del viejo marqués, brindaron por su memoria...

Y éste, que parecía mirar con benevolencia a los recién casados, expresaba en su sonrisa aviesa la satisfacción de haber muerto soltero...

F I N

Próximo número:

La Hiedra

por Leatrice Joy

LA NOVELA SEMANA CINEMATOGRÁFICA

sale todos los
miércoles: ::::

Precio: 25 cts. ¡Siempre las mejores películas!

Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

Biblioteca "Nuestro Corazón"

cuyos primeros números publicados:

La que se hizo amar

de Marcelo Priollet y

NADA SE BORRA

de Max Dervioux obtuvieron
un éxito enorme.

El tercer volumen, aparecido recientemente,
se titula

LA ESPOSA Y LA AMIGA

novela original e inédita del pulcro
escritor español **José Baeza Vale-
ro**, cuyo asunto, altamente sugesti-
vo y sentimental, será unánime-
mente considerado como una joya.

Biblioteca "Nuestro Corazón"

está lujosamente presentada, consta
de 96 páginas de buen texto y

su precio es el de UNA PESETA